Educación y cultura en la Segunda República

CARLOS PARÍS
Catedrático Emérito,
Universidad Autónoma de Madrid

Hablar de educación y cultura en la Segunda República es abordar uno de los aspectos en que el empeño por elevar y renovar la vida de nuestro país rayó a mayor altura, dentro de los esfuerzos que dicha etapa de nuestra historia, desgraciadamente tan breve y brutalmente yugulada, supuso. La atención dedicada a este mundo de la educación es significativa del carácter peculiar revestido por la República de 1931. Muchas veces se ha dicho que era una república de intelectuales. Y, efectivamente, el desarrollo cultural vivido por nuestro país en las últimas décadas del XIX y primeras del XX se hizo presente en una nueva política, capaz de asumirlo y potenciarlo frente a la mediocridad de anteriores gobiernos. Y en tal política, la herencia de la Institución Libre de Enseñanza tuvo un papel importante. Ciertamente experimentó un importante giro. Giner era apolítico, se refería con burla a la «fe supersticiosa en la *Gaceta*», tal como entonces se designaba a la que fue después el Boletín Oficial del Estado.

Sin embargo, refutando tal escepticismo, los gobernantes de los primeros y los últimos años de la etapa republicana, con la excepción del «bienio negro», mostraron la importancia de realizar la renovación educativa desde el poder. Aunque en el ejercicio de éste no dejaron de adolecer de lo que muchas veces he llamado la «ilusión intelectualista», propia de los «ilustrados». La creencia de que basta con la transformación de la educación para cambiar la sociedad. Y, consecuentemente, se hizo patente su limitación para afrontar los urgentes problemas inmediatos en que la sociedad que les rodeaba se hallaba sumida, cabalmente en momentos en que la crisis económica y la pobreza popular heredada de políticas conservadoras llevaba a agudos extremos la lucha de clases. Así como mostraron una gran ingenuidad para percibir el golpe militar que se avecinaba. Pero ahora, dejando al margen otros aspectos, nos incumbe, en la temática de esta ponencia, rememorar el excepcional esfuerzo llevado a cabo por los dirigentes de la Segunda República y las realizaciones logradas.

La escuela, el escudo de la República

Empecemos por una de las más importantes entre dichas realizaciones, la promoción de la «escuela pública». El panorama con que se encuentra la República estaba penosamente marca-

do por el abandono de la enseñanza pública. La orientación conservadora de nuestra política había entregado a los colegios religiosos, cuyos profesores y profesoras estaban exentos de la exigencia del título de maestro, la formación de los miembros de las clases medias y altas, desatendiendo la instrucción de todo el pueblo, capítulo tan importante para la vida de un Estado moderno. Aunque, curiosamente, España era uno de los primeros países que habían declarado obligatoria la enseñanza pública, ello había quedado en la retórica de las leyes incumplidas y el número de escuelas construidas se encontraba muy por debajo de nuestras necesidades. La consecuencia eran tasas de analfabetismo que alcanzaban, según estimaciones, al 30 o al 40 por 100 de la población.

Remediar esta situación se convierte en denodado propósito de los gobernantes republicanos: Marcelino Domingo, radical socialista y antiguo maestro en el periodo constituyente; Fernando de los Ríos en el Gobierno Azaña, con Rodolfo Llopis, socialista y maestro, como director general. Manuel Azaña, exaltando el empeño emprendido, afirmaba que «la escuela pública debía ser el escudo de la República». Se pretende, entonces, dar un vuelco a la situación. Aunque se mantiene la posibilidad de crear centros privados de enseñanza, se prohíbe el ejercicio de ésta a las órdenes religiosas. En la práctica, sin embargo, una medida tan radical se tradujo en que, simplemente, frailes y monjas cambiaran sus hábitos por indumentaria laica, prosiguiendo la actividad docente, disfrazados de seglares. Pero sí resultó muy efectivo el esfuerzo de montar una enseñanza pública. Para ello había que remediar, en primer lugar, la escasez de centros. En junio de 1931, el déficit de plazas escolares se cifraba en un millón y el del número de escuelas en 27.151[1]. Se acomete esta penuria con la construcción de 13.570 escuelas entre 1931 y 1933 (7.000 en el primer año, 2.580 en el segundo y 3.990 en el último). En Cataluña, toda la población infantil quedó escolarizada. Para evaluar estos datos se puede observar que, en treinta años de la Monarquía, solamente se habían creado 11.128 de tales centros. Ciertamente durante el periodo radical-cedista, el llamado «bienio negro» disminuye el ritmo y se construyen 3.421 escuelas. Pero en febrero de 1936, tras el triunfo del Frente Popular, se proyecta la edificación de 5.300 escuelas en este mismo año y otras tantas en 1937.

Evidentemente, la política de desarrollo educativo no se reduce al levantamiento de edificios y a su solemne inauguración, aunque, durante el «estado de obras», propio del franquismo y desgraciadamente prolongado en el presente, muchas veces parece pensarse así. En el esfuerzo que comento se aumenta el número de maestros y se eleva su retribución, tratando de remediar un estado de cosas que el habla popular reflejaba en el dicho, «pasar más hambre que un maestro de escuela». Además, como «no sólo de pan vive el hombre» se adoptan otras medidas para mejorar la actividad educativa y dignificar a los maestros. Se crea, así, la sección de Pedagogía en las Facultades de Filosofía y Letras y se facilita el acceso de los maestros a la Universidad.

Surge así toda una generación de maestros identificados con la República. El régimen franquista tomó tan buena nota de ello, que prohibió la enseñanza a todas las personas que la habían ejercido en la zona republicana durante la Guerra Civil. La bella y patética película *La lengua de las mariposas* ha reflejado con toda fidelidad en las pantallas este importante episodio de nuestra historia y su trágico final.

---

[1] Los datos que aduzco están tomados del documentado y amplio estudio de F. Rubio Llorente, «La política educativa», *El Estado y la política*, vol. III de la obra colectiva M. Fraga Iribarne, J. Velarde Fuentes, S. del Campo Urbano (dirs.), *La España de los años 70*, Madrid, Moneda y Crédito, 1974, pp. 413-497. Véase también R. Tamames, *La República. La era de Franco*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, pp. 143 y ss.

La renovación de los niveles medio y superior

Aunque la escuela pública aparece como el objetivo primario del esfuerzo emprendido en educación, no se debe olvidar la labor innovadora en otros niveles, como el del bachillerato. En primer lugar, se introduce en él la coeducación. La entrada del sexo femenino en campos educativos que le habían estado vedados es un fenómeno que, según los datos, tras irrupciones innovadoras, se produce masivamente en los países avanzados en los años treinta del siglo XX. Y la República incorpora este importante dinamismo en nuestras aulas, integradas ya conjuntamente por varones y muchachas. Es una situación que cancelará la Dictadura, estableciendo una diferenciación y separación entre institutos masculinos y femeninos. Otra supresión de barreras es el levantamiento de la prohibición de las lenguas vernáculas dictaminada por la Monarquía. El «plan Callejo» –en el cual la enseñanza de la Religión era obligatoria– es sustituido por el de Marcelino Domingo. En este último se elimina la división entre ciencias y letras, incrementando la instrucción científica y técnica, en concordancia con las exigencias de los tiempos. Y se suprime la liturgia de los libros de texto, confiando la docencia a la labor del profesor.

Como en el afán de extender el bachillerato a un mayor número de alumnos y alumnas se crean nuevos institutos, se hace preciso aumentar el profesorado. Ello se consigue, en gran parte, incorporando jóvenes licenciados mediante cursillos intensivos de preparación. Se puede afirmar que la dignificación del profesorado de enseñanza media alcanzó en la Segunda República un nivel sin parangón en nuestra historia. No sólo la retribución de un catedrático era apreciable, sino que, además, junto a la labor directa sobre sus alumnos, orientaba la enseñanza de los centros privados que debían examinarse en el Instituto. El catedrático de bachillerato gozaba de un prestigio social y de una capacidad de influencia, que luego fue ahogada durante la Dictadura, convirtiéndole en un profesor más, cuya labor se dirigía a los estudiantes con menos recursos, que no podían frecuentar los lujosos colegios religiosos. Al respecto me vienen a la memoria conversaciones mantenidas con hombres y mujeres que alcanzaron la cátedra en la etapa de la República y comparaban su esplendorosa situación en aquellos años con la que, bajo la Dictadura, vivían. Uno de ellos me decía con conmovedora ironía: «algo muy malo debemos haber hecho, para encontrarnos en la situación que ahora vivimos». Y es que, simplemente, haber accedido a una cátedra y haber ejercido la docencia en una etapa en que la enseñanza pública era mimada por los perversos dirigentes republicanos, representaba, sin duda, un grave pecado, al atentar contra la tradicional hegemonía de los centros religiosos. Había que pagar la grave complicidad de enseñar en tiempos en que como reza la Ley de Ordenación Universitaria de 1943,

> la situación intelectual estaba desquiciada, había sucumbido en manos de la libertad de cátedra, la educación moral y religiosa, y hasta el amor a la Patria se sentía con ominoso pudor, ahogado por la corriente extranjerizada, laica, fría, masónica, de la institución libre, que se esforzaba por dominar el ámbito universitario[2].

Y a este ámbito universitario debemos seguidamente referirnos. Entre las novedades que en él se introdujeron hay que señalar el régimen de autonomía concedido a las Universidades de

---

[2] Véase C. París, *La universidad española actual. Posibilidades y frustraciones*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974.

Madrid y Barcelona. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad madrileña se puso en marcha un plan de estudios extraordinariamente flexible. Los alumnos debían rendir solamente dos exámenes de conjunto, uno de ellos a mitad de carrera, después de los cursos comunes, y otro, de licenciatura, al término de los estudios. Ambas pruebas tenían un nivel de exigencia muy alto, pero la preparación la realizaba el estudiante, siguiendo los diversos cursos que libremente escogía. Como el profesor no realizaba examen, sino que simplemente firmaba la asistencia regular a clase, se producía una atracción hacia los cursos más prestigiosos y un abandono de los menos sugestivos. Así he oído contar a Carlos Alonso del Real, gran amigo mío y que hizo la carrera en la época de la República, que durante varios años don Juan Zaragüeta, que fue patriarca de la filosofía en los tiempos del franquismo, tuvo en la época del plan autonómico un solo alumno, al cual recompensó haciéndole catedrático inmediatamente después de terminar la Guerra Civil.

La investigación española alcanzó una etapa muy floreciente en diversos campos, culminando en más propicias condiciones, apoyada desde el poder político, la labor que desde décadas anteriores se venía realizando. En esta línea se restauró la Junta de Ampliación de Estudios, que, dando tan excelentes frutos en el árbol de la ciencia, quizá por ello mismo, había sido suprimida por la Dictadura de Primo de Rivera. Junto al desarrollo del campo humanístico en historia, arabismo, filología hispánica, con las destacadas figuras de Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Miguel Asín, Ramón Menéndez Pidal, también brillaron las investigaciones en el terreno de las ciencias, en física con Blas Cabrera, en matemáticas con el impulso que Julio Rey Pastor había dado a estos estudios, en medicina con la escuela de Santiago Ramón y Cajal. Son llamativos y conocidos ejemplos de un amplio esplendor, que ahora sólo me cabe evocar. Y que quedó tan abruptamente interrumpido.

La solidaria convivencia creativa

La vida cultural de la Segunda República, como he apuntado al presentarla como momento culminante de todo un largo desarrollo, se caracterizó por la convivencia de varias generaciones con sus peculiares rasgos distintivos. En primer lugar, la famosa Generación del 98 con la intensa actividad en estos años de las grandes figuras consideradas representativas del grupo, cual Miguel de Unamuno, Ramón M.ª del Valle-Inclán, Antonio Machado, Pío Baroja, *Azorín* junto a Ramiro de Maeztu en su giro conservador y Vicente Blasco Ibáñez, tópicamente eludido al hablar del grupo generacional. Pero cuando nos referimos a este tiempo no debemos olvidar lo que supuso el renacer de las culturas autóctonas en Cataluña y en Galicia. También en Euskadi, aunque en este caso las grandes figuras creadoras en pensamiento y literatura desarrollaron su obra en lengua castellana, y, como es el caso de los vascos que acabo de citar dentro de la Generación del 98, formaron parte del movimiento central de la cultura española en aquellos años.

A la generación indicada se añade la presencia de la inmediatamente siguiente, en ocasiones conocida como Generación del 14, generación de «especialistas» tal como la califica Tuñón de Lara, con personalidades cual José Ortega y Gasset, Eugenio d´Ors y Gregorio Marañón, o Juan Ramón Jiménez y Ramón Pérez de Ayala, y el ya citado en calidad de historiador Américo Castro. De esa generación forma parte Manuel Azaña, no sólo político, sino brillante escritor y personalidad muy prototípica de las actitudes intelectuales del grupo. Vendrá aún la Generación del 27, tan destacada poéticamente y tan golpeada por la Guerra Civil, dado el

compromiso de muchos de sus miembros. En proximidad a la cual dentro de su fuerte e independiente personalidad podemos situar a Miguel Hernández. Es una generación acusadamente protagonista del nuevo impulso que la República está dando a la cultura. Y en esta atmósfera de calidez cultural inicia su vida intelectual una generación de jóvenes que participará en la contienda y dará sus frutos en el exilio, como es el caso de Adolfo Sánchez Vázquez, José Ferrater Mora o Eduardo Nicol, por citar algunos ejemplos en el terreno de la filosofía. Todo ello sin que, en este amplio movimiento, debamos olvidar la presencia de mujeres como María Zambrano o Rosa Chacel.

Pero si me he permitido recordar este conocido panorama no ha sido tanto con el fin de acentuar la brillantez del momento como con el objetivo de insistir en un valioso aspecto, que contrasta con el clima de nuestros días. Es el sentido de la convivencia, apertura y mutua estima, por encima de las notorias divergencias, que domina la sociedad cultural española. Cuando vemos las fotografías de Pablo Neruda junto a algunas de las figuras que acabamos de mencionar, este espíritu, que fructificaba en el diálogo, la lectura mutua, las abiertas tertulias, tan distintas de nuestras actuales y mediatizadas tertulias radiofónicas, se convierte en instantánea imagen expresiva. Y contrasta con el ambiente hoy dominado por la industria cultural, en que las relaciones están regidas por el interés y el oportunismo, por la formación de mezquinos grupos que se erigen en representantes de la cultura y no ya critican, sino que ningunean a quienes no están subidos en la misma barca. El cainismo, tan comentado por el Grupo del 98, se ha adueñado de nuestra sociedad falsamente democrática.

La recepción del marxismo

Y es en estos breves años de la Segunda República cuando se produce la penetración y difusión del pensamiento marxista en España, llenando un enorme vacío. Las grandes figuras de las primeras generaciones que acabamos de recordar habían resbalado sobre el pensamiento de Marx y Engels. Ciertamente, en el Grupo del 98, tanto Unamuno como Maeztu, en su juventud, se habían interesado por el marxismo y en el primero marcó huella esta influencia a pesar del radical giro experimentado por su pensamiento tras la crisis de 1897. Ortega, que en sus últimos años lo calificó de gran banalidad, no dejó de reconocer anteriormente la aportación que el marxismo suponía para la comprensión de la historia, aunque contraponiendo a ella alternativas como la visión bélica del acontecer histórico. Pero la separación entre el activo movimiento obrero y campesino, de una parte, y los intelectuales, de otra, es especialmente aguda en la marcha de nuestro país. De hecho no aparecieron sobre nuestra tierra figuras como Labriola o Antonio Gramsci, como Rosa Luxemburg o Kart Liebknecht, como la ciencia marxista británica de los años treinta, justamente en tiempos en que la crisis agitaba el mundo y las clases populares españolas se movilizaban con poderoso impulso revolucionario.

Y es que sobre el pensamiento español gravitaba, desde el krausismo, una tradición idealista y también una concepción de las humanidades separada del pensamiento científico natural y del económico. Que Ortega en su *Rebelión de las masas* presentara como signo de la época el ascenso de las multitudes a bienes antes inaccesibles, precisamente en momentos en que la crisis económica golpeaba a toda la sociedad, especialmente de un modo trágico a los sectores populares, resulta significativo y casi sarcástico de este modo de especular. Pero lo que en Ortega representa un aislamiento de la realidad que tara su pensamiento e influencia en el terreno intelectual, se

convierte en tragedia, cuando observamos la ceguera de Azaña ante el espectáculo de la trepidante lucha de clases y conduce al patético testimonio que representa su *Velada de Benicarló*.

En el Departamento de Filosofía de esta Universidad Autónoma, el profesor Pedro Ribas ha estudiado con cuidadosa y documentada atención este fenómeno de la recepción del marxismo en España. Es curiosa la comparación que realiza con la Rusia prerrevolucionaria, en que las obras de Marx adquirieron enorme difusión, contrastando con España. Y este aspecto no deja de arrojar luz sobre la trayectoria del movimiento revolucionario en ambos países. Pero al llegar al poder la República sí asistimos a una amplia difusión de la obra de Marx, debiendo recordarse al respecto las traducciones y aportaciones de Wenceslao Roces, así como toda la labor del grupo GIAR (Grupo de Intelectuales de Acción Revolucionaria) y la revista *Leviatán*, dirigida por Luis Araquistáin. Al mismo tiempo, en la Universidad de Madrid Julián Besteiro, catedrático de Lógica, representaba la presencia académica del marxismo, aunque en una versión que se podría tildar de *light* o de marxismo *debole*. Y en estos años y en este clima se formará el que luego será uno de los grandes marxistas del siglo XX, Adolfo Sánchez Vázquez, que desarrollará su obra en el exilio mexicano.

Más allá de la cultura elitista

Semejante nueva orientación en los representantes de la cultura española conduce al que será uno de los rasgos distintivos de la actividad cultural durante la Segunda República: el esfuerzo por superar las barreras de clase y poner a las capas populares en contacto con las grandes aportaciones de la cultura. Se pretende superar aquello que en uno de mis libros he designado como «el rapto de la cultura». En esta línea, se pueden mencionar tres grandes iniciativas: las Universidades Populares, las Misiones Pedagógicas, y los teatros ambulantes, que llevaron sus escenarios, rompiendo muros arquitectónicos y de clase, a los ambientes más variados, tanto urbanos como rurales.

Las llamadas Universidades Populares fueron centros de difusión de los saberes, científicos y humanísticos, y, al par, lugares de encuentro y convivencia entre estudiantes, jóvenes licenciados y trabajadores. Diversas ciudades, como Madrid, Valencia y Zaragoza, además de capitales andaluzas, sirvieron de sede, mediante cursos nocturnos, a esta actividad. Se aspiraba tanto a la necesaria extensión del conocimiento, más allá de las cerradas aulas, como al encuentro entre la juventud universitaria y el proletariado.

Las Misiones Pedagógicas constituyeron un esfuerzo muy peculiar. Grupos de «misioneros» recorrían los pueblos dando conferencias, proyectando películas, difundiendo la música, montando bibliotecas, levantando teatrillos. Fueron creadas por Decreto de 29 de mayo de 1931 bajo la dirección de un patronato presidido por Manuel Bartolomé Cossío. El esfuerzo era tan noble como, en gran parte ingenuo, y, desde luego, muy expresivo del idealismo que gobernaba el espíritu de la Institución Libre y penetraba en la «República de los intelectuales».

Al respecto, Manuel Tuñón de Lara, en su riguroso y clarividente estudio del fenómeno, ha recogido un expresivo testimonio, resultado de una visita a San Martín de Castañeda, en la provincia de Zamora, realizado en octubre de 1934:

> Un pueblo hambriento [reza la Memoria de la Misión] en su mayor parte y comido de lacras, centenares de manos que piden limosna... Y una cincuentena de estudiantes, sanos y alegres, que

llegan con su carga de romances, cantares y comedias. Generosa carga es cierto, pero ¡qué pobre allí! El choque inesperado con aquella realidad brutal nos sobrecogió dolorosamente a todos. Necesitaban pan, necesitaban medicinas, necesitaban los apoyos primarios de una vida insostenible con sus solas fuerzas..., y sólo canciones y poemas llevábamos en el zurrón misional aquel día[3].

No se trata ciertamente de negar la labor realizada por tales Misiones Pedagógicas, como puntualiza el mismo Tuñón. En cerca de 300 «misiones» se recorrieron otros tantos pueblos, se crearon más de 5.000 bibliotecas populares que alcanzaron el número de 467.000 lectores. En este sentido, el esfuerzo no fue estéril. Pero nos obliga a pensar una vez más en la importancia de atacar y transformar la infraestructura, de atender prioritariamente al remedio de las necesidades básicas, cuando se lucha por elevar a un pueblo hundido en la indigencia, en lugar de empezar por el tejado el edificio de la nueva sociedad.

Si las Misiones Pedagógicas constituían una ambiciosa novedad, aun no careciendo de precedentes, el fenómeno del teatro ha gozado de un tradicional valor como expresión de la cultura popular y como medio de agitación. En el primer aspecto, no hace falta sino recordar lo que representó el teatro griego como fiesta de raíz popular y marginal, a la que asistían todas las clases sociales y cuyos contenidos exaltaban valores como la técnica, el trabajo, los valores femeninos, relegados en las direcciones elitistas dominantes del pensamiento filosófico. Y sin que, evidentemente, podamos olvidar lo que fue el teatro en los corrales de nuestro Siglo de Oro. En más recientes tiempos, el teatro comprometido ha sido un importante factor de movilización y protesta, en el que ha brillado tan destacadamente la obra de Brecht; incluso bajo nuestra Dictadura se conseguían apuntar perspectivas de crítica y apertura de horizontes por autores como Antonio Buero Vallejo, por recordar a esta eximia figura. También en Nicaragua en los años de la Revolución sandinista pude comprobar el esfuerzo realizado en plazas y calles, con representaciones a veces muy originales y didácticas, en las que la alienación era hecha imagen mediante juego de títeres, cuyos hilos eran movidos por el enajenante poder.

En este sentido, la ambición de llevar la cultura, a través del teatro, a un público más amplio que el habitual en los recintos teatrales, especial e innovadoramente, al mundo de los trabajadores y a los ambientes rurales, fue conducida durante la etapa que comentamos en dos grandes empeños. El más conocido y comentado es el que representó La Barraca, unida al nombre de Federico García Lorca y encuadrada en la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, a cuyo Departamento de Extensión Universitaria pertenecía. Obras tales como la revolucionaria *Fuenteovejuna* o *El caballero de Olmedo* alcanzaron las plazas rurales y encandilaron los ojos de labriegos y labriegas. Más acusada aparecía la intención revolucionaria del Teatro Proletario. Su director y creador fue el escritor y dirigente comunista de origen peruano César Falcón. Y en esta labor participaron Carlota y Enriqueta O'Neill. Recorriendo casi toda España, escenificaron ante la clase trabajadora obras de Maiakovsky y de las vanguardias rusas, así como creaciones de Carlota O'Neill.

La rápida evocación que acabamos de realizar de lo que fue el glorioso tiempo de la Segunda República española desde el punto de vista educativo y cultural, inevitablemente nos conduce a pensar en lo que sería nuestro país, si el camino iniciado se hubiera proseguido, en lugar

---

[3] M. Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1970, p. 260. El excelente libro de Tuñón de Lara representa una fuente fundamental para el estudio de la cultura en la Segunda República y en este sentido ha sido una aportación fundamental para este trabajo.

de ser interrumpido por la inundación de la barbarie. Es un ejercicio melancólico de historia ficción, de imaginación de «ex futuros», que diría Miguel de Unamuno, y en este caso muy superiores a la mediocre realidad del presente. Pero también nos induce, traspasando la mera nostalgia, a la acción para lograr que una Segunda República española recupere el vigoroso latido que nos eleve a la altura cultural y también social que la capacidad de nuestros pueblos merecen.